

LOS AUTORES EN SUS PERSONAJES

(En torno a Eugenio O'Neill y su obra "Antes del desayuno")

DANDO amplia libertad al pensamiento, en busca de algún hecho real o imaginativo que nos inspire un argumento, se puede escribir una obra, habiendo ido a buscar el argumento lejos de sí, o sea, externamente. Puede también escribirse buscando el asunto en sí mismo, internamente.

Hay escritores que, enjuiciándolo todo desde dentro de su yo, al que erigen en juez universal, que dictamina la actuación de sus personajes, en éstos se filtra, cual cenital de oro tenuamente proyectado desde el intersticio más recóndito de su psicología, rasgos de su propia manera de ser. Son como destellos autobiográficos.

¿En cuántas obras célebres no hemos leído hechos, acciones, que los biógrafos nos presentan como sucesos vividos por el autor?

Hay escritores que, sin rodeos ni embajes, se entregan en cuerpo y alma a su obra. Autores que se desmenuzan, se analizan a sí mismos con el escalpelo de su pluma, a través de su obra, mesa de disección.

Este es el tipo de escritor nato, de naturaleza. Hermanan la narración con una pristina mirada introspectiva. El argumento lo amalgaman en su idiosincrasia, y después lo escriben. Escritores que sumergidos en su interior, como en un desahogo espiritual, se explayan sobre las cuartillas. Se proyectan hacia afuera. Funden al mundo en su interior y lo presentan con las huellas que le han imprimido.

Sistematizan su vocación. Devuelven las impresiones con la influencia que, a través, de su curso, ha ejercido sobre ellas su sensibilidad.

Entre estos autores, en lugar preeminente, se halla Eugenio O'Neill, escritor que busca y encuentra en sí mismo la esencia para sus obras complejas, intrínsecas, que reflejan su temperamento y les presta sus sentimientos, erigiéndose en personaje central.

Poseedor de una herencia intelectual—su padre fué artista teatral y concertista de piano su madre—que le empujó hacia regiones ideales, bien pronto se formó en él el escritor que se vuelca en sus páginas. El que exterioriza, con su estilo personal, esos sentimientos, sedimentos introversivos que se albergan en su ser.

Navegó bastante, y estas nupcias con la inmensidad del mar y de la soledad, esa época tráfuga de su vida, debió contribuir grandemente a la formación del escritor inquieto, abismado en sí mismo.

Existe también un factor importantísimo que no debemos olvidar. Sabido

es que las afecciones pulmonares, según los biólogos, excitan, afinan la sensibilidad de los que las padecen. De eso tenemos grandes ejemplos en el campo de la literatura y de la música.

Y Eugenio O'Neill tuvo que ingresar en un sanatorio de tuberculosos...

Entonces empezó su introspección. Germinaron en su alma esos sentimientos finamente espirituales que habían permanecido hasta entonces en estado latente. Esos son los sentimientos enfermizos que vemos yuxtapuestos en Alfredo, protagonista de la obra *Antes del desayuno*. Entre el cual y su autor se acusa un fuerte paralelismo, una evidente idoneidad, que corrobora lo antes dicho.

¿Existe paridad entre O'Neill y Alfredo?

Evidentemente, sí. Este, igual que aquél, es una figura soñadora, toda aristocracia de espíritu. O'Neill, a través del diálogo de Rowla, nos perfila claramente el carácter de Alfredo. La esencia soñadora del mismo. Morador en un mundo utópico, O'Neill se ha estilizado en el hiperestésico Alfredo.

O'Neill nos presenta en *Antes del desayuno* dos caracteres antagónicos. Rowla es la antítesis, la personificación de todo lo material, egoísta y brutal que rodea a Alfredo, del que solamente vemos su mano, pero toda su alma demiurga a través de la palabra de Rowla.

Si tuviéramos que hallar un símil botánico y elocuente, diríamos que Rowla es el áspero cardo y Alfredo la sensitiva.

Este aspecto trágico, de cosa un tanto esotérica, que posee *Antes del desayuno*, en las inquietudes psíquicas que se adivinan en Alfredo, se halla el afán que tiene el autor, por el estudio de psicologías fatalistas, atormentadas, enfermizas..., hermanas de la suya.

Alfredo, habitante inadaptado en un mundo materialista y de incompreensión que le ahoga, enervado siguiendo con ello el ejemplo de otros muchos soñadores excitados, se autoelimina.

Tan enéptica resolución quizá la hubiese podido obviar, acordándose a tiempo de ese consejo de Goethe:

Soñemos cuanto queramos, mas no nos olvidemos de tener, por lo menos en un pie, contacto con la tierra.

RAMÓN ESCODA.

